

LIBRO SEGUNDO

La urca en alta mar.

I

LAS LEYES QUE ESTÁN FUERA DEL HOMBRE

La tempestad de nieve es uno de los fenómenos que menos se dominan en el mar. Es el más obscuro de los meteoros en todos los sentidos de la palabra; es una mezcla de niebla y de tormenta, y aun actualmente no se puede explicar satisfactoriamente este fenómeno; por eso ocasiona tantos desastres.

Atribúyese dicho fenómeno al viento y á las olas, pero en el aire existe una fuerza que no es la del viento, y en el agua otra fuerza que tampoco es la de las olas; esta fuerza, que es la misma en el aire y en el agua, es el efluvio. El aire y el agua son dos masas líquidas, casi idénticas, y que se compenetrán por la condensación y la dilatación; únicamente efluvio es flúido. El viento y las olas son fuerzas impulsadoras: el flúido es una corriente. El viento es visible por medio de las nubes, y el agua por medio de la espuma; el efluvio es invisible, y sin embargo, de cuando en cuando dice: *Ya estoy aquí. Su ya estoy aquí* es un trueno.

La tempestad de niebla ofrece un problema semejante al del *brouillard sec* de los franceses, ó sea la calina de los españoles y el *qnohar* de los etíopes, que si alguno se resuelve, ha de ser, indudablemente, mediante la observación atenta del efluvio magnético.

Sin el efluvio, multitud de hechos quedarían sin explicación. Los cambios de la velocidad del viento, modificándose en la tempestad desde tres pies por segundo á doscientos veinte, ocasionarán las variaciones de las olas subiendo en el mar en calma desde tres pulgadas, hasta treinta y seis pies en el mar alborotado; la horizontalidad de los aires, hasta en tiempo tempestuoso, hace comprender que una ola de treinta pies de elevación pueda tener quince pies de longitud; pero ¿por qué las olas del Pacífico son cuatro veces más altas cerca de América que cerca de Asia, esto es, más altas al Oeste que al Este? ¿Por qué acontece lo contrario en el Atlántico? ¿Por qué en el Ecuador es en medio del mar donde son más altas? ¿De qué provienen las variaciones de sitio de las hinchazones del Océano? Todo eso es lo que únicamente el efluvio magnético combinado con la

rotación terrestre y la atracción sideral puede explicar.

¿No es necesaria esta complicación misteriosa para explicarse una oscilación del viento, yendo, por ejemplo, por el Oeste, del Sudoeste al Noroeste, y dando igual vuelta del Noroeste al Sudoeste, de manera que haga en treinta y seis horas prodigioso círculo de quinientas sesenta, que fué lo que aconteció en la tempestad de nieve del 17 de marzo de 1867?...

Las olas, durante la tempestad en la Australia, alcanzan hasta ochenta pies de elevación, por su proximidad al Polo. La tormenta, en esas latitudes, resulta, no tanto del desencadenamiento de los vientos, cuanto de la prosecución de descargas eléctricas submarinas; en el año 1866, el cable trasatlántico interrumpió sus funciones, en veinticuatro horas, dos, desde la doce hasta las dos, por una especie de fiebre intermitente.

Ciertas composiciones y descomposiciones de fuerzas originan ciertos fenómenos que se imponen á los cálculos del marino, bajo pena de naufragio. El día que la navegación, que hoy es rutinaria, sea matemática; el día en que se conozca, por ejemplo, por qué en nuestras regiones los vientos calientes proceden á veces del Norte y los vientos fríos del Mediodía; el día en que se comprenda que las decreciones de temperatura son proporcionadas á las profundidades oceánicas; el día en que adquiriera el espíritu la idea de que el globo es un inmenso imán polarizado en la inmensidad, con dos ejes, uno de rotación y otro de efluvios, separados en el centro de la tierra, y que los polos magnéticos dan vueltas en derredor de los polos geográficos; cuando los que arriesguen la vida, la arriesguen científicamente; cuando se navegue sobre la inestabilidad estudiada; cuando el capitán sea un meteorólogo; cuando el piloto sea un químico, entonces, y únicamente entonces, se evitarán muchas catástrofes.

El mar es tan magnético como acuático; un Océano de fuerzas flota ignoto en un Océano de olas. Ver sólo en el mar una masa de agua, no es ver lo que es el mar; el mar es un va y viene de fluido, tanto como es un flujo y reflujó de líquido; las atracciones lo complican quizá más que los hu-

racanes; la adhesión molecular, manifestada entre otros fenómenos, por la atracción capilar, microscópica para nuestra vista, participa en el Océano de la grandeza de las extensiones; y la onda de los efluvios unas veces ayuda y otras contraría, la onda del aire y la onda de las aguas. El que desconoce la ley eléctrica, ignora la ley hidráulica, porque la una se implica en la otra. Ciertamente no hay estudio más árido ni más obscuro, porque se halla próximo al empirismo, como la astronomía está muy cerca de la astrología; pero, no obstante, sin este estudio no se puede saber navegar.

Dicho esto, pasemos adelante.

Uno de los agregados del mar más temibles es la tempestad de nieve, que antes que todo es magnética. La produce el Polo, de igual modo que produce la aurora boreal; aquella existe en la niebla, como ésta en el resplandor y en el copo de nieve, y como la estria de la llama es visible el efluvio.

Las tempestades son las crisis de los nervios y los accesos de delirio del mar. El mar tiene sus jaquecas. Se parecen las tempestades á las enfermedades: unas son mortales, otras no: se sale de éstas y no de aquéllas. La borrasca de nieve es generalmente mortal. Jarabija, uno de los pilotos de Magallán, la calificaba de «una nube salida del lado del diablo.»

Surcouf decía: «La tempestad de nieve tiene algo del cólera morbo. Los antiguos marineros españoles llamaban á esta borrasca *la nevada* en el momento de caer los copos, y *la helada* cuando caía granizo ó piedra, y creían que con la nieve caían del cielo murciélagos.»

Las tormentas de nieve son propias de las latitudes polares; sin embargo, á veces se deslizan, ó mejor dicho, caen sobre nuestros climas.

La *Matulina*, como ya dijimos, al dejar á Portland se había empeñado en esa aventura nocturna que la aproximación de la tormenta agravaba. Afrontaba esa amenaza con una especie de audacia trágica. No obstante, insistimos en ello, estaba advertida.

pasar el niño echó al mar la tabla-puente. Este hombre, robusto, pero ágil y cubierto de pasamanerías y de oropes, como dijimos, no podía permanecer tranquilo en sitio alguno: se inclinaba, se enderezaba, iba y venía sin cesar de una parte del navío á la otra, inquieto por lo que acababa de hacer y por lo que pudiera acontecerle.

El jefe de aquella partida, el patrón de la urca y los dos hombres de la tripulación, vascos los cuatro, hablaban en vascuence, ó en español ó en francés, las tres lenguas diseminadas por los Pirineos. Los demás, exceptuando las mujeres, todos hablaban casi en francés, que era el caló de la partida. La lengua francesa, desde esa época principió á adoptarse en los pueblos como intermediaria entre el exceso de consonantes del Norte y el exceso de vocales en el Mediodía. En Europa hablaba francés el comercio y también el robo. Recordamos que Gibby, ladrón de Londres, entendía á Cartouche, ladrón francés.

La urca voladora andaba muy de prisa, llevando diez personas, con todos sus bagajes, lo que era mucha carga para tan pequeña embarcación.

Que el navío salvase á la partida, no implicaba forzosamente que la tripulación estuviese afiliada á ésta: era suficiente motivo el ser vascongados el patrón del buque y el jefe de la partida, porque socorrerse mutuamente es en esta raza un deber que no tiene excepciones. Un vasco no es ni español ni francés, es sólo vasco, y siempre y en todas partes debe salvar á los suyos. Tal es la fraternidad pirenaica.

El tiempo que la urca estuvo en el golfo, aunque el cielo mostraba mal aspecto, no lo presentaba tan malo que inquietase á los fugitivos. Como escapaban, como iban á salvarse, se hallaban brutalmente contentos. Unos reían y otros entonaban canciones; la risa era seca, pero libre, y el canto era detestable, pero negligente.

El hijo de Languedoc gritaba: ¡*Caon-gagno!* ¡Cucaña! que es el colmo de la alegría narbonesa; éste era un semimarinero natural de la ciudad acuática Gruissan, en la vertiente del Sur de la Glappe, más marinero que marino y más que marinero pescador. Pertenecía á la raza que usa barrete rojo; persignábase complicadamente, á la española; teta en la odre, rasqueta el ja-

II

LAS SILUETAS DEL PRINCIPIO ADQUIEREN FORMA

Mientras la urca no salió del golfo de Portland, el mar estaba en calma, las olas eran pacíficas, y aunque rugiese el Océano, el cielo estaba claro aún. El viento apenas movía la embarcación. La urca se alejaba cuanto le era dable del monte peñascoso, que era un buen resguardo.

Eran en el buque tres hombres de tripulación y siete pasajeros, dos de ellos mujeres. A la luz del crepúsculo, en el mar veíanse aquellas figuras distintas y claras. Como no estaban inquietos, no se ocultaban, y cada uno recobraba la libertad de acción, emitía un grito y mostraba el rostro. Partir para ellos era libertarse.

Chocaba lo abigarrado del grupo. Las mujeres no se sabía de qué edad eran; la vida nómada causa vejez precoces y la indigencia arruga. Una de las mujeres era vascongada, y la otra, la del rosario grueso, era irlandesa. Tenían el aire diferente de los miserables. Cuando entraron en la urca acurrucáronse una cerca de la otra, sobre dos cofres, al pie del mástil; allí charlaban las dos. El irlandés y el vasco son dos lenguas parientas. La vascongada llevaba el cabello perfumado. El patrón de la urca era de Guipúzcoa; uno de los marineros era vasco de las vertientes del Norte del Pirineo y el otro vasco de las vertientes del Sur, de la misma nación, no obstante ser el primero francés y el segundo español, pero los vascos no reconocen la patria oficial. *Mi madre se llama la montaña*, decía el arriero Zalarens. De los cinco hombres que iban en compañía de las mujeres, uno era francés del Languedoc; otro francés provenzal; uno genovés; el viejo que llevaba el sombrero sin agujero para la pipa parecía alemán, y el quinto, que era el jefe, era vasco. Este fué el que en el instante de querer

món, se arrodilla para blasfemar é implorar á su santo patrón amenazándole: «Santo mío, concédeme lo que te pido, ó te arrojo una piedra á la cabeza.» En caso necesario podía ayudar á la tripulación.

El provenzal, en el bajo-puente atizaba el fuego de turba debajo de una marmita de hierro y hacía cocer la sopa. Esta sopa era una especie de puchero español, en el que el pescador reemplazaba á la carne y en el que el provenzal echaba guisantes, pequeños pedazos de tocino y pimienta roja. Uno de los sacos de las provisiones estaba abierto delante de él. Encima de su cabeza había encendida una linterna de hierro con vidrios de talco, que oscilaba pendiente de un clavo del techo del bajo-puente. A un lado y colgado también balanceábase un alción; porque era entonces creencia popular que un alción muerto y colgado del pico, presenta siempre el pecho al lado por donde sopla el viento.

Mientras hacía la sopa el provenzal, á cada instante se metía en la boca el pico de una calabaza y se echaba al cuerpo un trago de aguardiente. Entre trago y trago canturreaba un *couplet* de esas canciones labriegas en las que el objeto es nada y es todo, porque no se necesita más para componer una canción.

Partir, según lo que esto significa para el corazón ó para el espíritu, es un consuelo ó un sufrimiento. Todos parecían consolados, menos el viejo de la partida.

Este, que, como antes dijimos, parecía alemán, aunque tenía uno de esos rostros de fondo perdido, en los que se borra la nacionalidad, era calvo, pero de tal modo, que su calvicie parecía una tonsura. Cada vez que pasaba por delante de la Virgen de proa quitábase el sombrero y dejaba ver las venas hinchadas y seniles del cráneo. Una especie de abrigo usado y roto de sarga oscura de Dorchester, en el que se envolvía, casi ocultaba su traje, estrecho, apretado y abrochado hasta el cuello como una sotana. Sus manos tendían á entrecruzarse maquinalmente, como para rezar. Su semblante era pálido: la fisonomía es un reflejo, y es un error creer que la idea no tiene color; esta fisonomía era sin duda la superficie de un extraño estado interior; la resultante de un compuesto de ideas contradictorias, que unas iban á perderse en el bien y otras en

el mal; y para el observador, la revelación de un *casi humano* podía hacerle caer en la inferioridad del tigre ó elevarle sobre la superioridad del hombre. Esos caos del alma existen. En aquel semblante había mucho ilegible; sus secretos llegaban hasta lo abstracto. Se comprendía que aquel hombre había conocido el instinto del mal, que es el cálculo, y el deajo, que es el cero. En su impasibilidad, tal vez aparente, estaban impresas dos petrificaciones: la del corazón, propia del verdugo, y la del pensamiento, propia del mandarín. Puede asegurarse, pues lo monstruoso tiene su manera completa de ser, que todo era posible en él, menos conmoverse. Todo sabio es algo cadáver, y este hombre era un sabio. Con sólo verle adivinábase su ciencia, impresa en los gestos de su persona y en los pliegues de su traje. Tenía el rostro fósil, cuya seriedad contrariaba la movilidad rugosa del poliglota, que llega hasta la mueca; era severo, pero sin hipocresía y sin cinismo. Era un soñador trágico; el hombre al que el crimen deja pensativo. Tenía el entrecejo del trabucaire, modificado por una mirada religiosa; los pocos cabellos grises que le quedaban eran blancos junto a las sienes. Véase que era un cristiano contaminado con el fatalismo turco. Sus dedos eran largos y flacos; su alta estatura tiesa y ridícula. Andaba con lentitud sobre el puente, sin mirar á nadie y con aire siniestro. Sus pupilas estaban vagamente llenas del brillo del alma que se halla sujeta á las reapariciones de la conciencia.

De cuando en cuando el jefe de la partida, brusco, estando alerta y trazando repentinos zigs-zags en el navío, iba á hablarle al oído, y el viejo le contestaba haciendo signos con la cabeza. Era el relámpago consultando con la noche.

III

LOS HOMBRES INQUIETOS EN EL MAR ALBOROTADO

En el navío había dos hombres absorbidos en sus ideas, el viejo y el patrón de la urca (que no hay que confundir con el jefe

de la partida); el patrón miraba con fija al mar y el viejo al cielo; las olas preocupaban al patrón y el viejo parecía estudiar el cenit, pues acechaba los astros por los intersticios de las nubes.

Era el momento en que va a comenzar á anoecer y algunas estrellas se insinúan en el horizonte. Había mucha bruma en la tierra y muchas nubes en el mar.

Antes de salir de Portland-Bay, el patrón, á quien preocupaba el aspecto del mar, hizo minuciosamente algunas maniobras, sin aguardar á levantar el áncora. Pasó revista á todo el cordelaje, se aseguró de que el freno de los obenques se hallaba en buen estado y apoyaba bien las gambas, precauciones que toma el marino que piensa hacer temeridades de velocidad.

La urca tenía el defecto de sumergirse una media vara más por delante que por detrás. El patrón pasaba á cada momento de la brújula de camino á la brújula de variación, examinando por las dos pínulas los objetos de la costa con la idea de conocer á qué viento respondía. Al principio declaróse un aire de bolina; esto no le contrarió; él manejaba la caña del timón, fiando sólo en sí mismo para no perder fuerzas, y el efecto del timón manteníase con la rapidez de la estela.

Como la diferencia entre el rumbo real y el rumbo aparente es tanto mayor cuanto mayor velocidad lleva el buque, la urca parecía ganar hacia el origen del viento más de lo que en realidad ganaba. La urca no navegaba con viento largo, ni mucho menos, pero no se conoce directamente el verdadero rumbo que se navega viento atrás. Si se perciben en las nubes largas bandas que convergen en el mismo punto del horizonte, este punto es el origen del viento; pero esa noche reinaban muchos vientos y estaba confuso el rumbo del aire; por eso el patrón desconfiaba de las ilusiones del navío.

Pero dicho patrón, al mismo tiempo que regía el buque diestramente, con las pupilas inclinadas al mar examinaba todas las formas que iba adquiriendo el agua.

En un momento dado levantó los ojos al cielo y trató de distinguir las tres estrellas de Orión, esas estrellas que se llaman los tres Magos, y de las que un refrán de los antiguos pilotos españoles decía: *El*

que ve á los tres Magos no está lejos del Salvador.

Esta mirada del patrón coincidió con el aparte que murmuró al otro lado del navío el viejo alemán:

—No se pueden divisar ni el claro de los Guardias ni el astro Antares, á pesar de ser rojo. No se distingue con claridad ni una estrella.

Esos dos hombres vigilaban, pero los fugitivos estaban tranquilos. Después de pasar la primera hilaridad de la evasión, advirtieron que estaban en el mes de enero y de que el viento era helado.

Era imposible alojarse en la cala del buque, que era muy estrecha y que además estaba llena de bagajes y de fardos; los bagajes eran de los pasajeros y los fardos de la tripulación, porque la urca no era un navío de placer, sino una embarcación contrabandista. Los viajeros tuvieron, pues, que establecerse sobre el puente, y á esto los nómadas se resignaron fácilmente. La costumbre de vivir al aire libre contribuyó á que se encontrasen bien allí; los vagabundos son amigos de las estrellas y el frío les ayuda á dormir y á morir algunas veces. Pero aquella noche el cielo no estaba estrellado.

El hijo del Languedoc y el de Génova, esperando la cena, se aproximaron á las mujeres, al pie del mástil, y se sentaron allí. El viejo calvo permaneció de pie, donde estaba inmóvil é insensible al frío.

El patrón de la urca, desde el timón que gobernaba, dejó exhalar un grito gutural semejante al del pájaro que en América se llama el exclamador; al percibirle, el jefe de la partida se le acercó y el patrón le dirigió este apóstrofe: — *Etcheo jaüna*, palabras vascongadas que significan: «Trabajador de la montaña», que son entre los antiguos cántabros la entrada solemne en un asunto y que á la vez reclaman la atención. Después el patrón, señalándole al viejo calvo con el dedo, entabló con el jefe de la partida un diálogo en español, pero en español montañés. He aquí las lacónicas interrogaciones y respuestas que mediaron entre ambos:

—Trabajador de la montaña, ¿ese hombre quién es?

—Un hombre.

—¿En qué lengua habla?

- Ea todas.
 —¿Qué es lo que sabe?
 —Todo lo sabe.
 —¿De qué país?
 —De todos y de ninguno.
 —¿Cuál es su Dios?
 —Dios.
 —¿Cómo le llamas?
 —El loco.
 —¿Cómo me has dicho que le llamas?
 —El sabio.
 —¿Qué es en tu partida?
 —Lo que es.
 —¿Es el jefe?
 —No.
 —¿Qué es entonces?
 —El alma.

El jefe y el patrón se separaron, embebiéndose cada uno en sus ideas, y poco después la *Matutina* salía del golfo.

Entonces principiaron para ella los grandes balanceamientos. El mar presentaba apariencia viscosa en sus descartes de espuma; las olas vistas de perfil á la claridad crepuscular, se parecían á frascos de hiel. Aquí y allá una ola flotando de llano dibujaba hendiduras y estrellas como un cristal al que se han arrojado piedras; en el centro de las susodichas estrellas, en un agujero que da vueltas, oscilaba una fosforescencia, semejante á la reverberación felina de la luz oculta en las niñas de los ojos de los mochuelos.

La *Matutina* cruzó con valor, como valiente nadadora, el temible estremecimiento del banco Chambours. El banco Chambours, obstáculo latente de la salida de la rada de Portland, no es un portazgo, es un anfiteatro. Un circo de arena bajo el agua, con gradas esculpidas por los círculos de las olas, con arenal redondo y simétrico, alto como Yungfrau, pero mojado; un coliseo del Océano columbrado por los buzos en la transparencia visionaria de su hundimiento de las aguas. Las hidras combaten en él, los leviatanes encuéntranse allí; hay, según refieren las leyendas, en el fondo del gigantesco embudo cadáveres de navíos cogidos y colados por la enorme araña Kraken, que también se llama el pez-montaña. Esas realidades espectrales, que el hombre ignora, se manifiestan á su vista en la superficie del mar por medio de estremecimiento.

En el siglo diecinueve el banco Chambours es ya una ruina. El rompe-olas construido recientemente ha destruido y deshecho á fuerza de resacas esta arquitectura submarina, como el dique construido en Croisic en 1760 cambió un cuarto de hora el establecimiento de las mareas. La marea, no obstante, es eterna, pero la eternidad obedece al hombre más de lo que se cree.

IV

UNA NUBE DISTINTA DE LAS OTRAS ENTRA EN ESCENA

El viejo, calificado por el jefe de la partida primero de loco y luego de sabio, no abandonaba su puesto. Después que pasaron el banco de Chambours, dividió su atención entre el cielo y el Océano; inclinaba la vista, luego la levantaba, examinando sobre todo el Noroeste.

El patrón confió el timón á un marinero, tomó algunas precauciones en el barco y abordó al viejo, pero no de frente; quedóse detrás de él, con los codos apretados en las caderas, las manos separadas, la cabeza inclinada hacia la espalda, con los ojos abiertos, las cejas altas y sonriendo con el extremo de los labios, en cuya actitud colocábase la curiosidad que flota entre la ironía y el respeto.

El viejo, ya por costumbre de hablar solo algunas veces, ya por advertir que había alguien detrás de él y esto le excitase á hablar, se aventuró en el monólogo siguiente, examinando el espacio:

—El meridiano, por el que se cuenta la ascensión recta, está marcado en este siglo por cuatro estrellas, la Polar, la silla de Cassiope, la cabeza de Andrómeda y la estrella Algenib, que está en el Pegaso, pero ninguna de ellas es visible.

Estas palabras se sucedían maquinalmente, confundiendo en cuanto las emitía y sin que él pensase que las estaba pronunciando. Brotaban de sus labios y se disipaban. El monólogo es el humo de los fuegos interiores del espíritu.

El patrón le interrumpió, diciéndole:
 —Señor...

El viejo, tal vez algo sordo ó muy ensimismado, sin oírle, prosiguió:

—Hay pocas estrellas y mucho viento; éste abandona su camino para lanzarse á la costa y se arroja á ella. Eso ocurre porque la tierra es más caliente que el mar y el aire en ella es más ligero. El viento frío y pesado del mar precipítase en la tierra para reemplazarle. Por eso en el cielo el viento sopla hacia la tierra por todas partes. Sería importante hacer largos giros entre el paralelo estimado y el paralelo presumido; cuando observada aquélla no difiere de la latitud presumida más de diez minutos por cada diez leguas y más de cuatro por cada veinte, entonces se lleva buen camino.

El patrón saludó al viejo, pero éste no le vió. Este, que vestía casi el traje universitario de Oxford ó de Gatingue, no cambiaba su posición altiva y caprichosa. Observaba el mar como conocedor de las ondas y de los hombres; examinaba las olas, pero casi como si intentase pedir la palabra en medio de su tumulto para enseñarlas algo, porque él participaba del magister y del augur; semejaba un pedante del abismo.

Continuaba su soliloquio, dicho quizá para que lo oyese:

—Podría lucharse si fuese una rueda la caña del timón. En la velocidad de cuatro leguas por hora, treinta libras de esfuerzo sobre la rueda pueden producir trescientas mil libras de efecto sobre la dirección. Más todavía, porque hay veces en que se obliga á hacer á la rueda dos vueltas más.

El patrón le saludó por segunda vez, repitiendo:

—Señor...

El viejo se fijó entonces en él: volvió la cabeza sin mover el cuerpo y le contestó:

—Lláname doctor.

—Señor doctor, yo soy el patrón.

—Me alegro—le respondió el «doctor».

Así le llamaremos durante el diálogo que consintió entablar.

—Patrón, ¿tienes algún octante (1) inglés?

—N

—Pues sin él no podrás tomar la altura ni por detrás ni por delante.

—Los vascongados — le replicó el patrón, — tomaban la altura antes que existiesen los ingleses.

—¿Has medido la velocidad del navío?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—¿De qué manera?

—Con el loch (2).

—¿Tuviste cuidado de fijar la vista en la madera del loch?

—Sí.

—¿El reloj de arena contaba treinta segundos?

—Sí.

—¿Tienes seguridad de que la arena no ha gastado el agujero?

—Sí.

—¿Hiciste la contraprueba del reloj mediante la vibración de una bala de mosquete suspendida...?

—A un hilo encerado.

—¿Lo enceraste bien para que no alargase?

—Sí.

—¿Hiciste la contraprueba del loch?

—Hice la contraprueba del reloj de arena, mediante la bala de mosquete, y la contraprueba del loch por medio de la bala de cañón.

—¿Qué diámetro tiene esa bala?

—Un pie.

—Bien pesa.

—Es una antigua bala de la vieja urca de guerra *La Caja Grande*.

—¿Que pertenecía á la armada?

—Cierto.

—¿Que llevaba seiscientos soldados, cincuenta marineros y veinticinco cañones?

—Sí.

—¿Con qué pesaste el choque del agua contra la bala?

—Con una romana alemana.

—¿Tuviste en cuenta la impulsión de las olas contra la cuerda que suspendía la bala?

—Sí.

—¿Qué resultado te dió?

(1) Octante: instrumento de astronomía que contiene la octava parte del círculo.

(2) Pedazo de madera que sirve para medir la velocidad de los buques.

- El choque del agua fué de ciento setenta libras.
- ¿Es decir, que el navío recorre cada hora cuatro leguas francesas?
- Y tres holandesas.
- Esto es sólo por exceso de la velocidad de la estela sobre la velocidad del mar.
- Indudablemente.
- ¿A dónde te diriges?
- A una bahía que conozco entre Loyola y San Sebastián.
- Ponte pronto paralelo al punto de la llegada.
- Sí; lo más pronto que me sea posible.
- Desconfía de los vientos y de las corrientes; los primeros excitan á las segundas.
- Son unos traidores.
- Nada de frases injuriosas, porque el mar oye. No insultes, y concétrate á observar.
- He observado y continúo observando. La marea está en este instante contra el viento, pero muy pronto, en cuanto corra en su dirección, tendremos buen tiempo.
- ¿Tienes derrotero?
- No, para este mar no.
- ¿Entonces, navegas á tientas?
- No; tengo brújula.
- La brújula es uno de los dos ojos, y el mapa marítimo es el otro.
- El tuerto ve también.
- ¿Cómo mides el ángulo que forma el camino del navío con la quilla?
- Poseo mi compás de variación, y además adivino.
- Adivinar es bueno, pero saber es mejor.
- Cristóbal Colón adivinaba.
- Cuando hay niebla, y cuando la rosa náutica da vueltas con torpeza, no se sabe por dónde tomar el viento, y se concluye por no tener punto estimado ni punto corregido. Un asno con derrotero, vale más que un adivino con sus oráculos.
- Aun no se ve niebla en el viento, y no veo motivo alguno de alarma.
- Los navíos sólo son moscas de la tela de araña del mar.
- Por ahora están bastante bien las olas y los vientos.
- Temblor de puntos negros sobre el agua son los hombres dentro del Océano.
- No auguro nada malo para esta noche.
- ¿Quién sabe!...
- Hasta ahora no temo.
- El doctor dirigió miradas hacia el Noroeste: el patrón dijo:
- Ganemos el golfo de Gascuña, y respondo de todo. En él estoy como en mi casa; frecuentemente se monta en cólera, pero conozco en él todas las alturas del agua y todas las cualidades del fondo; es un vaso delante de San Cipriano, un montón de conchas delante de Cizarque, arena en el cabo Penas, guijarros en Boucant de Minrizan, y conozco hasta el color de todos los guijarros.
- El patrón calló; el doctor no le escuchaba, teniendo siempre fija la vista en el Noroeste: su rostro glacial expresaba algo extraordinario, pintándose en él todo el sobresalto posible en una máscara de piedra. Su boca exhaló esta palabra:
- ¡Sea!
- Sus pupilas tomaron la forma de las del buho, y dilatáronse de estupor examinando un punto del espacio.
- Es justo — exclamó. — En cuanto á mí, consiento.
- El patrón le miraba. El doctor repitió hablando consigo mismo ó hablando con alguien dentro del abismo:
- Te digo que sí.
- Calló, cada vez más fijos los ojos, acrecentando la atención sobre lo que veía, y repuso:
- Viene de lejos, pero viene.
- El segmento del espacio, en el que se hundían el rayo visual y el pensamiento del doctor, como estaba opuesto al Poniente, lo alumbraba todavía la vasta reverberación crepuscular casi como si fuese de día. Este segmento, muy pequeño y circundado de trozos de vapor gris, era azul, pero azul casi plomizo.
- El doctor, vuelto hacia el mar y sin mirar al patrón, le indicó con el índice ese segmento aéreo, diciéndole:
- Patrón, ¿lo ves?
- ¿El qué?
- Aquello.
- ¿Dónde?
- Allá bajo.
- Un trozo azul, sí.
- ¿Qué es aquello?

- Un ángulo del cielo.
- Para los que allí van, sí; pero para los que van á otra parte, no.
- Diciendo esto, el doctor subrayó las palabras de este enigma con una terrible mirada, que se perdió en la obscuridad.
- Hubo un momento de silencio.
- El patrón se puso en guardia, pensando en la doble calificación que dió el jefe de la partida al viejo calvo.—¿Es un loco, es un sabio?—preguntóse á sí mismo.
- El índice huesoso y rígido del doctor permaneció dirigido hacia el indicado segmento del horizonte. El patrón lo examinó.
- Efectivamente — repuso, — eso no es cielo, es una nube.
- La nube azul es peor que la nube negra — exclamó; — es la nube de la nieve.
- ¿La nube de la nieve? — interrogó el patrón, como queriendo comprender.
- ¿Sabes lo que es la nube de la nieve?
- No.
- Pues en seguida lo sabrás.
- El patrón volvió á contemplar el horizonte y á examinar la nube, diciendo casi entre dientes:
- Un mes de borrasca, un mes de lluvia. Enero que tose y febrero que llora, he aquí nuestro invierno en Asturias. Nuestra lluvia es caliente; únicamente en las montañas tenemos nieve. Pero debemos guardarnos de la avalancha, porque la avalancha nada respeta; es una bestia.
- Y la tromba — repuso el doctor — es un monstruo, y ese monstruo es el que viene. Muchos vientos trabajan á la vez para conseguirlo; un gran viento del Oeste y otro muy lento del Este.
- Este doctor es un hipócrita — dijo para sí el patrón.
- La nube azul iba aumentando entre tanto.
- Si la nieve es terrible cuando baja de la montaña, juzga tú lo que será cuando caiga del Polo.
- El ojo del viejo estaba vidrioso; parecía que la nube crecía en su rostro al mismo tiempo que en el horizonte.
- Todos los minutos traen la hora y cumplen la voluntad de arriba.
- El patrón volvió á preguntarse á sí mismo:
- ¿Estará loco?
- Patrón — le dijo el doctor, — ¿has viajado mucho por el Canal de la Mancha?
- Hoy viajo por primera vez — le contestó.
- El doctor, absorbido por la nube azul y que, como la esponja, sólo tiene una capacidad de agua, sólo tenía una capacidad de ansiedad, inmutóse ligeramente, alzando los hombros, al percibir la respuesta del patrón.
- ¿Cómo es eso?
- Señor doctor, hago habitualmente el viaje á Irlanda. Voy desde Fuenterrabía á Black-Harbour ó á la isla Akill. Algunas veces voy á Brachipult, que es un extremo del país de Gales. Sé navegar por allí; pero no conozco este mar.
- Pues eso es muy grave. ¡Desgraciado el que únicamente sabe deletrear el Océano! El Canal de la Mancha es un mar que es necesario saber leer correctamente. La Mancha es una Esfinge: desconfía de su fondo.
- Estamos ahora á veinticinco brazas.
- Pues es menester que estamos á cincuenta y cinco, que están en el Poniente, y evitar las veinticinco, que están al Levante.
- En el camino sondearemos.
- El Canal de la Mancha no es un mar como los demás. La marea sube en él hasta cincuenta pies en las Malinas, y á veinticinco pies en las aguas muertas. Su flujo y reflujo no es como el de los otros mares. Ya veo que estás desacertado.
- Esta noche sondearemos.
- Para sondear es necesario pararse, y tú no podrás parar el buque.
- ¿Por qué?
- Porque el viento te lo impedirá.
- Probaremos.
- La tempestad no da tiempo para nada.
- Sondearemos, señor doctor.
- Sé más modesto, que muy pronto nos va á azotar el huracán.
- Os digo que probaré á sondear.
- El choque del agua impedirá que el plomo descienda, ó lo desviará de la perpendicular. Es una desgracia que navegues por aquí por vez primera.
- Sí; es la primera vez.
- Pues entonces, patrón, escucha.
- El acento con que pronunció la palabra

escucha era tan imperioso, que el patrón se inclinó.

—Señor doctor, ya escucho.

—Amura á babor.

—¿Qué queréis decir?

—Pón la proa al Oeste.

—¡Caramba!

—Pón la proa al Oeste.

—No es posible.

—Como quieras. Te lo digo por los demás: respecto á mí, yo lo acepto todo.

—Pero, señor doctor, ir hacia el Oeste...

—Sí, patrón.

—¡Pero, señor doctor, eso es tener el viento contrario!

—Sí, patrón.

—¡Eso sería tener un vaivén espantoso!

—Sí, patrón.

—¡Quizá se rompa el mástil!

—Quizá.

—¡Y queréis que se navegue hacia el Oeste!

—Sí.

—No puedo.

—En ese caso, lucha con el mar como puedas.

—Sería necesario que el viento cambiase.

—No cambiará en toda la noche.

—¿Por qué?

—Es un soplo largo de mil doscientas leguas.

—No es posible ir contra el viento.

—Pón la proa al Oeste, te repito.

—Probaré; pero nos desviaremos.

—Ese es el peligro.

—El viento nos lleva al Este.

—No vayas al Este.

—¿Por qué?

—Patrón, ¿sabes cómo se llama hoy para nosotros la muerte?

—No.

—Pues la muerte se llama el Este.

—Hacia el Oeste navegaré.

El doctor miró al patrón con la mirada fija que parece que se apoya para hundir una idea en el cerebro de otro. Vuelto de frente al patrón, pronunció con lentitud estas palabras:

—Si esta noche, cuando estemos en medio del mar, percibimos el son de una campana, el navío estará perdido.

El patrón le miró atónito.

—¿Qué queréis decir?

El doctor no contestó; su mirada volvió á adquirir la impassibilidad habitual. Pareció que advertía el asombro del patrón, y sólo atendía ya á lo que oía dentro de sí mismo. Sus labios articularon estas palabras en voz queda:

—Ha llegado el momento en que se lavan las almas negras.

El patrón hizo la mueca expresiva que aproxima á la nariz la parte baja del semblante, y murmuró:

—Es más loco que sabio.

Diciendo esto se separó de él; sin embargo, puso la proa hacia el Oeste.

Pero el viento soplaba con más fuerza, y el mar engruesaba.

V

HARDQUANONNE

Toda clase de entumecencias aparecían en la bruma, é hinchábanse á la vez en todos los puntos del horizonte, como si muchas bocas invisibles estuviesen ocupadas en hinchar las odres de la tormenta. La forma de las nubes era siniestra.

La nube azul que ocupaba todo el fondo del cielo, tanto al Oeste como al Este, avanzaba contra el viento.

El mar, que instantes antes presentaba escamas, era ahora una piel; así es ese dragón. No era ya un cocodrilo, era una boa. Esta piel, plumiza y sucia, era espesa y rizábase pesadamente. En la superficie, hervideros de olas, aislados, semejantes á pústulas, redondeábanse y luego reventaban; la espuma era una especie de lepra.

En este instante, la urca, que veía aún de lejos el niño abandonado, encendió su fanal.

Transcurrió un cuarto de hora.

El patrón buscó al doctor, y ya no estaba sobre el puente.

Tan pronto como el patrón le dejó, el doctor se fué á la cala del buque; allí se sentó cerca del hornillo en un tamborete; extrajo del bolsillo un tintero de chagrín y una cartera de cordobán, un pergamino

plegado en cuatro dobleces, viejo, amarillento y sucio; lo desplegó, cogió una pluma del estuche del tintero, puso la cartera sobre la rodilla y el pergamino sobre la cartera, y en el anverso del pergamino, á la luz de la linterna que alumbraba al cocinero, escribió. Las sacudidas de las olas incomodábanle. El doctor escribía largamente.

Escribiendo, fijóse el doctor en la calabaza de aguardiente que el provenzal llevaba á la boca cada vez que añadía un pimiento al puchero, como si la consultase el modo de condimentar.

El doctor se fijó en esta calabaza, no porque servía de botella de aguardiente, sino á causa de un nombre que estaba tejido en su forro de mimbres blancos con juncos rojos. Había suficiente luz en la cala para poder leerlo. El doctor lo deletreó á media voz:

—Hardquanonne.

Después, dirigiéndose al cocinero, le interrogó:

—No me había fijado aún en esa calabaza. ¿Es que perteneció á Hardquanonne?

—Sí; perteneció á nuestro pobre camarada Hardquanonne—respondió el cocinero.

El doctor continuó:

—¿A Hardquanonne el flamenco?

—Sí.

—¿El que está preso?

—Sí.

—¿En la torre de Chatham?

—Sí; ésta es su calabaza—contestó el cocinero;—era muy amigo mío, y la guardo como recuerdo. ¿Cuándo le volveremos á ver?

El doctor volvió á tomar la pluma, y siguió trazando penosamente líneas tortuosas en el pergamino; indudablemente tenía gran cuidado de que fueran legibles. A pesar del estremecimiento del buque y del temblor de la edad, acabó de escribir lo que quería.

Era tiempo, porque de pronto sobrevino un golpe de mar. Una avenida impetuosa de olas asaltó á la urca, la que se sintió acometida de la espantosa danza que la tempestad hace bailar á los navíos.

El doctor se levantó, se acercó al hornillo, guardando hábilmente el equilibrio; se cedió, como pudo, con el fuego de la marmitta las líneas que acababa de escribir, dobló el pergamino y lo guardó en la car-

tera, y se metió el tintero y la cartera en el bolsillo.

El hornillo no era la pieza menos ingeniosa del menaje interior de la urca. Estaba muy aislado, y sin embargo, la marmita oscilaba; el provenzal la vigilaba.

—Sopa de pescado—exclamó.

—Para los peces—repuso el doctor.

Después se volvió á situar en el puente.

VI

SE CREEN SALVADOS

A través de su preocupación creciente, el doctor pasó revista á la situación, y cualquiera que estuviese á su lado, hubiera podido percibir que decía:

—Demasiado balanceo y poco cabeceo.

El doctor, fijo en el trabajo obscuro de su espíritu, redescendió en su pensamiento semejante á un minero dentro de un pozo.

Iba á principiar el sombrío suplicio de las aguas, eternamente atormentadas. Un lamento se escapaba de la inmensidad líquida. Aprestos confusamente lúgubres hacíanse en el espacio. El doctor examinaba todo cuanto tenía á su vista, y no perdía ningún detalle, pero no estaba sumido en la contemplación. El infierno no se contempla.

Vasta conmoción, aún semilatente, pero ya visible en la turbación de las extensiones, acentuaban y agravaban cada vez más el viento, los vapores y las olas. Nada es tan lógico y nada parece tan absurdo como el Océano. Esa dispersión de sí mismo es inherente á su soberanía, y es uno de los elementos de su extensión. La ola es incesantemente el pro y el contra; sólo se ata para desatarse: uno de los lados ataca y el otro se libra. No hay perspectiva como la de las olas. ¿Cómo pintar sus huecos y relieves alternativos, sus valles y sus bosquejos? ¿Cómo describir esas soñadas malezas de espuma, esa imitación

de las montañas? En él todo es indescribible.

El viento se había declarado del Norte: su violencia fué tan favorable y tan útil para alejarse de Inglaterra, que el patrón de la *Matutina* decidióse á desplegar todas las velas. La urca se escapaba entre la espuma como al galope, á toda vela, con viento en popa, saltando de ola en ola, con rabia y con alegría. Encantados los fugitivos, estaban contentos. Aplaudían á las olas, á los huracanes, á la velocidad, á la fuga y al porvenir ignorado. El doctor parecía no fijarse en ellos, y estaba meditabundo.

Ya había anochecido.

Entonces fué cuando el niño abandonado perdió de vista la urca desde el monte peñoso. Hasta aquel momento su mirada permaneció fija y como apoyada en el navío. ¿Qué parte tuvo esa mirada en su destino? En el instante en que la distancia borró la urca y no pudo divisarla el niño, éste se fué hacia el Norte, mientras que el navío iba hacia el Sur.

A todos les ocultó la noche.

VII

HORROR SAGRADO

Poco á poco, y con verdadera satisfacción, los fugitivos embarcados en la urca vieron quedarse detrás de ellos y desaparecer de su vista la tierra que les era hostil. Poco á poco el Océano hacia que se perdiesen en el crepúsculo Portland, Purbek, Tineham, Kimeridge, los dos Matravers, las enormes extensiones de la montaña peñascosa y brumosa, y la costa, sembrada de faros. Inglaterra se borró de su vista, y los fugitivos sólo vieron ya el mar en torno suyo.

Pero la noche se presentó terrible. De repente se confundió el mar y el espacio; el cielo ennegrecióse, cerrándose sobre el navío, y empezó el lento descenso de la nieve. Cayeron algunos copos: hubiérase dicho que eran almas; y ya nada fué per-

ceptible en el campo de las carreras del viento. Por la profunda obscuridad, que todo lo enluta, principia en nuestros climas la tromba polar. Inmensa nube turbia, parecida á la parte de abajo de una hidra, pesaba sobre el Océano, y por algunas partes el vientre lívido se adhería á las olas. Algunas de estas adherencias se asemejaban á bolsillos agujereados, que se hinchaban sobre el mar, vaciándose de vapor y llenándose de agua; estas succiones elevaban aquí y allá, sobre las olas, conos de espuma.

La tormenta boreal precipitose sobre la urca, se echó sobre ella. La ráfaga y el navío pusieronse frente á frente uno del otro, como para insultarse.

En el primer abordaje forzado, ni se rompió una vela, ni se llevó un foque, ni tomó un rizo. El mástil crujió y plegóse hacia atrás, como espantado.

Los ciclones en el hemisferio del Norte dan vueltas de izquierda á derecha, en igual sentido que las agujas de un reloj, con un movimiento de traslación que algunas veces alcanza sesenta millas por hora. Aunque la urca estaba de lleno á merced de la violenta furia giratoria, manteníase como si hubiese estado dentro del semicírculo manejable, sin otra precaución que la de tenerse derecha sobre la ola y de presentar la proa al viento anterior, recibiendo el viento actual á estribor, con la idea de evitar los golpes por detrás y de través. Esta medida preventiva de nada hubiera servido en el caso de un salto de viento de parte á parte.

Profundo rumor reinaba en la región inaccesible; nada es comparable al rugido del abismo, que es la inmensa voz bestial del mundo. Lo que denominamos la materia, ese organismo insondable, esa amalgama de energías incommensurables, en el que ciertas veces se distingue una cantidad imperceptible de intención que hace estremecer; ese cosmos ciego y nocturno, ese pan incomprensible, tiene un grito, grito extraño, prolongado, terco, perenne, que es menor que el de la palabra, pero mayor que el del trueno; este grito es el huracán. Las otras voces, los cantos, las melodías, los clamores, salen de los nidos, de las nidadas, de las parejas de los himeneos; la voz de la tromba, brota de esa

Nada que es el Todo. Aquellas voces expresan el alma del universo; ésta expresa su monstruo, es lo deforme gritando, es lo inarticulado hablado por medio de lo indefinido. ¡Espectáculo patético y aterrador! Esos rumores dialogan por encima y más allá del hombre; se elevan, se abaten, ondulan, producen ondas de ruido, dan toda clase de sorpresas feroces al espíritu; ya estallan á nuestros oídos con la importunidad del clarín; ya tienen la voz ronca de las lontananzas; murmullo vertiginoso, que se asemeja al lenguaje, y que es un lenguaje en efecto; es el esfuerzo que hace el mundo para hablar, es el tartamudeo del prodigio. En ese gemido manifiéstase confusamente todo lo que tolera, sufre, acepta y rechaza la enorme palpación tenebrosa. Frecuentemente la arrastra la sinrazón, y se parece á un acceso de enfermedad crónica, y es más epilepsia difundida que fuerza empleada, y creemos asistir á la caída del supremo mal en el infinito. Hay instantes en los que se entrevé una especie de reivindicación del elemento, no sé qué veleidad de querer repetir el caos en la creación. Hay instantes en los que parece que el espacio se queja, se lamenta y se justifica, como si pleitease por la causa del mundo; entonces creemos adivinar que el universo es un proceso, que se escucha su lectura, que se trata de asirse de las razones alegadas, de ver el pro y el contra temible; porque hay gemidos en la obscuridad que tienen la tenacidad de un silogismo. Inmensa turbación para el pensamiento; en ella está la razón de ser de las mitologías y de los politeismos. Completan el espanto de esos grandes murmullos perfiles sobrehumanos, que tan pronto como se perciben se desvanecen; de euménides aéreas, de pechos de furias dibujados en las nubes, de quimeras plutónicas adivinadas; aterrorizan sus sollozos, sus risas, su agilidad para producir fracasos, sus preguntas y sus respuestas indescifrables y su llamamiento á auxiliares desconocidos. El hombre ignora lo que va á acontecerle en este encadenamiento espantoso, y sucumbe ante ese enigma de entonaciones draconianas. ¿Qué comprende de ellas? ¿Qué significan? ¿A quién amenazan? ¿A quién suplican? Se ve que en ellas hay como un desencadenamiento. Vo-

ciaciones de precipicio á precipicio, del aire al agua, del viento á las olas, de la lluvia á las rocas, del cenit al nadir, de los astros á las espumas. Tal es su tumulto, complicado con no sé qué misteriosa contienda con las malas conciencias.

La locuacidad de la noche no es menos lúgubre que su silencio; se percibe en ella la cólera de lo ignorado. La noche denota una presencia, ¿pero de quién?

Además, es necesario distinguir entre la noche y las tinieblas.

En la noche existe algo absoluto, y éste es múltiple en las tinieblas.

La gramática, que es una lógica en las tinieblas, no admite el singular, porque la noche es una y las tinieblas son muchas.

La bruma del misterio nocturno es lo esparcido, lo fugaz, lo que cae, lo funesto; no parece ya la tierra, sino otra realidad.

En la sombra infinita é indefinida existe algo, hay alguien vivo, pero lo que vive en ella forma parte de nuestra muerte. Después de nuestro pasaje terrenal, cuando esa sombra sea para nosotros la luz, nos tomará la vida que se halla más allá de nuestra vida; esperándonos parece que nos tienta. La obscuridad es una presión. La noche es una especie de mano puesta sobre nuestra alma. En determinadas horas horribles y solemnes, sentimos que lo que está detrás de la pared de la tumba usurpa nuestros derechos.

Nunca esta proximidad á lo desconocido es tan palpable como en las tormentas del mar. Lo fantástico engrandece lo horrible.

El interruptor probable de las acciones humanas, la asamblea de nubes, tiene en ella á su disposición, para amasar el acontecimiento como le parezca, el elemento inconsciente, la incoherencia ilimitada; la fuerza difusa y sin opinión; la tempestad acepta y ejecuta á cada momento no sé qué cambios de voluntad aparentes ó reales. Los poetas en todos los tiempos los han llamado el capricho de las olas, pero no existe tal capricho.

Las cosas que percibimos desconcertadas, que en la Naturaleza denominamos capricho y en el destino acaso, son pedazos de leyes entrevistas.

VIII

NOCHE Y NIEVE

Caracteriza á la tormenta de nieve el ser negra. El aspecto habitual de la Naturaleza durante las tempestades, que es el mar obscuro y el cielo pálido, se trastorna en la borrasca de nieve, en la que el cielo está negro y blanco el Océano. Abajo espuma, arriba tinieblas. El horizonte murado de humo, el cenit cubierto de crespón. La tempestad se asemeja al interior de una catedral con colgaduras de luto, pero sin luces y en que el otro todas las apaga. El mundo se convierte de súbito en la bóveda de una caverna. En dicha noche cae un polvo de manchas pálidas, que vacilan entre el cielo y el mar; esas manchas, que son copos de nieve, resbalan, vagan y flotan.

Parecen las lágrimas de un cadáver que volviere á vivir y á adquirir movimiento. Esa siembra descendiende mezclada con un viento furioso. Negrura desmenuzada en blancuras, lo furioso en la obscuridad, el tumulto de que es capaz el sepulcro, el huracán debajo de un túmulo; eso es la borrasca de nieve. Debajo tiembla el Océano, relleno de formidables y desconocidas profundidades. En el viento polar, que es eléctrico, de los copos se forma en seguida el granizo y el aire se plaga de proyectiles. El agua ametrallada chispea. No se oyen truenos; el relámpago de las tormentas boreales es silencioso. Lo que algunas veces se dice del gato, «jura», se puede decir de esta clase de relámpagos. Son la amenaza de una boca entreabierta, extrañamente inexorable. La tormenta de nieve es ciega y muda. Después que pasa, con frecuencia los navíos quedan ciegos y los marineros mudos.

Es muy difícil salir de tal abismo.

Se engañará, no obstante, el que crea que en estas tempestades el naufragio es necesariamente inevitable. Los pescadores daneses de Disco y del Balesin, los perseguidores de ballenas negras; Hearn, yendo hacia el estrecho de Behring á reconocer la embocadura del río de la mina de cobre; Hudson, Mackensie, Vancouver, Ross y Dumont d'Urville, sufrieron en el Polo las más inclementes tempestades de nieve y se salvaron.

En esta especie de tormenta se metió la urca á toda vela y con aire de triunfo. Frenesí contra frenesí. Cuando Montgomery, al huir de Rouen, precipitó á todo remo su galera contra la cadena que impedía el paso desde el Sena á la Bouille, tuvo la misma osadía.

La *Matutina* corría. La inclinación causada por las velas había instantes que formaba con el mar un espantoso ángulo de quince grados, pero su buena y ventruda quilla adheríase á las olas y resistía á los arranques del huracán. La jaula del fuego iluminaba al buque por la proa. La nube llena de soplos arrastraba su hinchazón sobre el Océano, estrechando y royendo más cada vez el mar en derredor de la urca. No se divisaba más que nieve. El campo de las olas era reducido y espantoso; únicamente se distinguían tres ó cuatro colosales.

De vez en cuando un vasto relámpago de color de cobre rojo aparecía tras las superposiciones obscuras del horizonte y del cenit. Esa extensión roja manifestaba horror á las nubes. Su repentino y rápido abrazo á las profundidades, destacando los primeros planos de nubes y las fugas lejanas del caos celeste, ponía en perspectiva el abismo. Sobre el fondo de fuego del relámpago los copos de nieve eran negros, semejantes á sombrías mariposas revoloteando sobre un horno. Desaparecía el relámpago y todo se cubría de tinieblas.

Pasada la primera explosión de la tempestad, ésta continuó persiguiendo á la urca y empezó á rugir con voz ronca. Estaba en la fase del rugido y en ella amengua el inminente peligro; su sombrío recitado se parece á un compás de espera que se tomen las misteriosas fuerzas combatientes y denota una especie de alerta en lo desconocido.

La urca proseguía su veloz carrera. Sus dos velas mayores, sobre todo, desempeñaban función espantosa. El cielo y el mar

eran de color de tinta, con chorros de baba, que saltaban más altos que el mástil. A cada instante arroyos de agua atravesaban el puente de la urca como un diluvio, y á todas las inflexiones del balance, los escobenes, tanto de estribor como de babor, convertíanse en otras tantas bocas abiertas, que vomitaban espuma en el mar.

Las mujeres estaban refugiadas en la cabina, pero los hombres continuaban sobre el puente. La nieve se arremolinaba ciegamente; los gargajos de las olas se les juntaban. Todo estaba furioso.

En este instante el jefe de la partida, de pie en la popa, arrogante, satisfecho y con la faz altiva, gritó:

—¡Ya estamos libres!

—¡Libres! ¡Libres! ¡Libres!—repetieron alegremente los fugitivos.

—¡Hurra!—gritó el jefe.

—¡Hurra!—prorrumpió á voz en grito toda la partida en medio de la tempestad.

En el momento de extinguirse los ecos de este clamor, una voz fuerte y grave oyóse al otro extremo del navío, que gritaba:

—¡Silencio!

Todos se volvieron al percibir la voz y conocieron que era la del doctor.

La obscuridad era intensísima: el doctor estaba pegado al mástil, y por su delgadez se confundía con él y no le divisaban.

—Oíd, escuchad—dijo.

Todos callaron.

En medio del silencio oyeron distintamente en la obscuridad el sonido de una campana.

IX

RECELO CONFIADO AL MAR TEMPESTUOSO

El patrón de la urca, que manejaba el timón, echóse á reír.

—¿Una campana? Mejor—dijo.—Marchamos á babor. ¿Qué significa oír esa campana? Que tenemos la tierra á estribor.

—No tenéis la tierra á estribor—respondió el doctor con voz firme y lenta.

—Sí—replicó el patrón.

—No.

—El sonido de la campana viene de tierra.

—Ese sonido—contestó el doctor,—procede del mar.

Al oír esto estremeciéronse aquellos hombres atrevidos. Los dos rostros huraños de las dos mujeres aparecieron en el cuadrado de las escotillas, como dos larvas equívocas. El doctor dió un paso y su larga y negra figura destacóse del mástil. Se oyó sonar la campana en el fondo de la noche. El doctor habló así:

—Hay colocada en medio del mar, á mitad del camino entre Porland y el archipiélago de la Mancha, una boya. Esta boya está amarrada con dos cadenas en el fondo del mar y flota á flor de agua. Sobre esta boya hay fijo un caballete de hierro, y á través del caballete está suspendida una campana. En tiempo de borrasca, al sacudirse el mar, sacude la boya y la campana suena. Esa campana es la que oís.

El doctor dejó pasar un golpe de viento; aguardó á que volviere á tocar la campana y continuó:

—Oírla en la tempestad, cuando sopla el Noroeste, es estar perdidos. ¿Por qué? Vais á saberlo. Si percibís el sonido de esa campana es porque el viento os lo trae; luego el viento viene del Oeste, y los escollos de Auvigny se hallan al Este. Oímos la campana porque estamos entre la boya y los escollos y hacia éstos nos lanza el viento. Estamos á la parte mala de la boya; si estuviésemos á la parte buena, nos encontraríamos con viento en popa, en alta mar, en camino seguro, y no oíríamos la campana, el viento no nos traería su sonido y pasaríamos próximos á la boya sin saberlo. Nos hemos desviado. Esa campana es la del naufragio que toca á rebato. Ahora reflexionad.

La campana, mientras que el doctor hablaba, apaciguada por un viento menos fuerte, daba con lentitud sonido tras sonido, y esta intermitencia parecía que tomaba acta de las palabras del viejo. Se hubiera dicho que era el toque fúnebre del abismo.

Los hombres y las mujeres de la embarcación escuchaban atónitos, ya la voz del viejo, ya la voz de la campana.